

DISCURSO DEL DR. MANUEL DE JESUS GOICO CASTRO
PARA DEDICAR EL HOMENAJE AL DR.
CARLOS FEDERICO PEREZ Y PEREZ

Señor Rector de la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña;
Compañeros Profesores;
Querido amigo y colega Carlos Federico Pérez y Pérez;
Damas y Caballeros:



HOY, al inicio de la Primavera, con el corazón rebotante de júbilo por el venturoso impacto del aroma que fluye de los prados y la susurrante música del viento, y cuando la Naturaleza se apresta a vestir un traje nuevo del color de la esperanza, nos congregamos junto a estos “altos manteles”, en el Club Naco, para festejar plácidamente al amigo Carlos Federico Pérez y Pérez, a quien su Oráculo de Delfos ha señalado que ha de emigrar por cuarta vez de su Isla Española, provisto de los guantes y de todos los demás ornamentos de un Embajador, avalado con la prudencia de su experiencia, con el tesoro de su cultura humanística y con la coraza de su immaculado patriotismo.

En la otra cara de la medalla se abre un compás de espera en su Sillón Letra LL de la Academia Dominicana de la Lengua, institución que con sapiencia preside; al tiempo que su palabra docta no repercutirá en la cátedra de Historia de la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña y a sus amigos momentáneamente nos deja huérfanos de su patriarcal sonrisa, de su innata modestia y de su profunda sabiduría.

En cambio, nos regocija que llegará a México a honrar la diplomacia y las letras patrias, como lo han hecho también otros dominicanos de su talla excepcional en diversas latitudes del mundo en la carrera diplomática: Manuel Arturo Peña Batlle, Virgilio Díaz Ordóñez, Emilio Rodríguez Demorizi, Pedro Troncoso Sánchez, Horacio Vicioso Soto, Porfirio Herrera Báez, Juan M. Contín, Armando Oscar Pacheco, Enrique de Marchena, Minerva Bernardino, Federico Smester, Rubén Suro, Telesforo R. Calderón, Jesús María Troncoso, y otros no menos ilustres.

Las obras publicadas por el doctor Carlos Federico Pérez y Pérez han merecido favorables enjuiciamientos y ponderaciones muy valederas de la crítica nacional y extranjera. Su personalidad como escritor se ha empujado por encima de los horizontes del lar nativo y ha adquirido los perfiles de ser un escritor de su tiempo proyectado al Continente desde esta parcela primigenia de la hispanidad. Sus lauros nos enorgullecen como dominicanos y como escritores de su generación.

¡Qué difícil me resulta exponer mi criterio acerca de cuál es su obra señera! Como historiador me inclino a proclamar como su libro más notable su *Historia Diplomática Dominicana*, obra en tres tomos, de la cual tiene publicado el primero. Ante esa afirmación observo el laudo de la crítica continental conquistado por su medular estudio histórico *El pensamiento y la acción en la vida de Juan Pablo Duarte*. Sus novelas *Juan, mientras la ciudad crecía* y *La ciudad herida*, ocupan sitio preponderante en la novelística americana de los últimos tiempos, si ponderamos la pureza del lenguaje, la dignidad y el aticismo de la argumentación, y por la virtud que compendian, con resplandeciente espiritualidad, episodios reales y palpitantes del alma dominicana, con el mismo espíritu nacionalista que cobró vigor en la temática que desde su *torre de marfil* en La Vega moviera la pluma de Federico García Godoy en las primeras décadas del siglo XX, en sus novelas *Rufinito*, *Guanuma* y *El Derrumbe*.

El crítico literario luce con solidez y certero criterio en *La Evolución Poética Dominicana*; el ensayista se perfila en toda su

dimensión en *La experiencia de Martín Fierro* y *El sentido de la Naturaleza en la novela americana* y el admirador reverente de la Madre Patria cobra brillo y señorío en su estudio intitulado *Sobre cultura hispánica*.

Preside en su ánimo y en su espíritu selecto esa pasión o virtud preclara, dentro de los moldes clásicos, de fijar con todo su rigorismo conceptual el brillo y el esplendor de la lengua.

Sin arrogancias y sin alardes es dueño de una prosa limpia, prosa en que se vinculan, con la habilidad de los orfebres que lustran los diamantes y enhebran las perlas de los collares de las reinas, los giros que dieron donosura al estilo de aquellos varones connotados que con la mayor naturalidad y genio contribuyeron a crear un siglo de oro en las letras españolas.

Su purismo no luce añejo e irreductible, a usanza de adustos primates del buen decir, sino que la forma con que estructura sus ensayos literarios y sus notables estudios históricos ostentan un sello de modernidad y de permanente evolución, del aura redentora que es norma de los que aspiran a sostener "la guardia en alto", esclavizados al deber de mantener la pureza y la grandeza del idioma en el presente y a proyectarlo a lo porvenir, sin reminiscencias de usos arcaicos y a la par tan antiguos que pudieran dar paso al anquilosamiento de una lengua que nunca debe permanecer "dormida en sus laureles", sino estar despierta, vibrante, audaz, a tono con las conquistas que dan vigorosos perfiles a la civilización contemporánea.

Carlos Federico Pérez y Pérez tiene por delante muchas cosas que hacer para enriquecer el acervo de las letras nacionales, en virtud de que está en posesión de facultades excepcionales como escritor en plena madurez, dotado de portentosa erudición y de un estilo dúctil y sobrio para perpetuar en libros su lúcido pensamiento y la sabiduría de sus concepciones como hombre de letras en el vasto campo de las investigaciones históricas y de las disquisiciones filosóficas.

El es uno de los escritores dominicanos contemporáneos que por la categoría de su prosa densa y su vasta ilustración

tiene vocación para alcanzar el cetro que como primer ensayista poseyó Manuel Arturo Peña Batlle, escritor de relieve continental, como autor de *La isla de La Tortuga* y *La rebelión del Bahoruco*.

Colega y amigo Carlos Federico Pérez y Pérez:

Ruégole aceptar este homenaje que como ratificación de afecto, solidaridad y congratulación tributamos sus compañeros de la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña y otros colegas escritores, con ocasión de su partida como Embajador a la tierra azteca, la patria de Benito Juárez y de Alfonso Reyes, donde otros dominicanos tan ilustres como José Núñez de Cáceres y Pedro Henríquez Ureña crearon familia y la amaron tanto como a su propia patria.

Dr. Manuel de Jesús Goico Castro.